

Vivimos un tiempo de recuerdos. El pueblo está profusamente engalanado con banderolas que nos recuerdan la presencia continuada durante ocho siglos de asentamientos humanos en Torrelodones. Y nosotros queremos recordar que esos ocho siglos de historia no son un eslogan publicitario, como algunos creen, sino el tiempo a lo largo del cual se fueron conformando las señas de identidad de nuestro pueblo. Entre esas señas de identidad debemos destacar la existencia de un entorno natural privilegiado, que ahora, esos mismos a los que se les llena la boca hablando de los ocho siglos de historia, no dudan en deteriorar. Asimismo, en esos ocho siglos se fue conformando un patrimonio arquitectónico que ahora se está deteriorando a marchas forzadas en aras de la rentabilidad inmediata. La historia, pese a lo que crea Galbeño, no empezó hace ocho siglos y esperamos que no acabe con él.

Nos dicen que vivimos en un tiempo de conspiraciones. Según afirman, la retirada de la bandera verde fue el fruto de una conspiración. Pero callan que este pueblo no depura sus aguas residuales, que para los crecimientos de población que se proponen no se ha previsto la mejora y ampliación de las infraestructuras –educativas, sanitarias, viarias, entre otras- necesarias. Callan que las zonas verdes están abandonadas, o que la Agenda 21 se encuentra paralizada.

Vivimos en un tiempo de sorpresas. Según nos dicen, la urbanización del Área Homogénea Norte no es más que el desarrollo de las previsiones de las Normas Subsidiarias. Y nos sorprende que desarrollar una zona en la que todos los grupos políticos coincidieron en apreciar unos valores ambientales dignos de especial protección consista en arrasar esos valores ambientales. Edifican, pero no crean pueblo; dejan hacer la casa sin acabar las calles, trasladando a los vecinos una obligación que incumplieron sus amigos constructores.

Queremos vivir un tiempo de esperanza. La esperanza de que nuestro Alcalde pueda desplazarse seguro por el pueblo y no precise de un servicio de guardaespaldas, la esperanza de que la circulación mejore y que nuestro Alcalde no necesite el coche oficial para trasladarse a su lugar de trabajo. La esperanza de que nuestros representantes, todos ellos, se sientan vecinos y no seres de mejor condición que mandan callar a los vecinos que discrepan o les sugieren que cambien de pueblo si no les gusta su gestión. La esperanza, en fin, de que nuestro Alcalde escuche a sus

convecinos y les trate con el mismo respeto que él siempre ha recibido. Pero, sobre todo, albergamos la esperanza de que nuestros hijos hereden un pueblo maravilloso, en el que buena parte de sus habitantes han optado libremente por vivir, y no un futuro hipotecado entre bloques de oficinas, donde una vez hubo un encinar, donde una vez saltaron las ardillas, por donde en otro tiempo pasearon sus padres y abuelos.

No es cierto, señor Alcalde, que nos opongamos al progreso, al desarrollo. Sucede que para nosotros la clave de ese desarrollo es la mejora de la calidad de vida. Y poder seguir paseando entre encinas, alcornoques, acompañados del olor a jara en vez de hedores de alcantarillado es calidad de vida, disfrutar sin colas de los servicios municipales es calidad de vida, saber que nuestros gobernantes sirven al interés de todo y actúan con escrupuloso respeto a la Ley es calidad de vida, poder pasear por las calles del pueblo, abandonando el coche, es calidad de vida. Afirmamos, en fin, que esos ocho siglos de historia nos han transmitido un legado que no debe morir con nosotros, del que deben poder disfrutar nuestros hijos y todos aquellos que deseen acompañarnos. Ése es el Torrelozones que queremos.